

El final de un ventenio: Berlusconi expulsado del Parlamento italiano. Dossier

Barbara Spinelli, Ezio Mauro, Filippo Ceccarelli, Curzio Maltese, Tonino Perna....

8/12/2013



El voto de inhabilitación del pasado 27 de noviembre, que implica su expulsión del Senado italiano así como la imposibilidad de ser elegido durante seis años, parece señalar definitivamente el final de la carrera política de Silvio Berlusconi. Pero conocida su vampírica capacidad de revivir y los extraordinarios medios financieros y de comunicación todavía a su alcance, toda previsión puede ser aventurada y prematura. Algunos de los más distinguidos comentaristas políticos italianos hacen balance de su ventenio y se pronuncian sobre su próximo futuro. Este dossier consta de los siguientes artículos:

1. Barbara Spinelli – Lo que queda del ventenio
2. Ezio Mauro – La excepción ha terminado
3. Filippo Ceccarelli – Estética de un ventenio
4. Curzio Maltese - Esos insultos a Piano y Rubbia
5. Tonino Perna – Cómo nació la Berlusconomics

Lo que queda del ventenio

Grande será la tentación, tras la votación para expulsar a Berlusconi del Senado, de cerrar el ventenio poniéndolo entre paréntesis. Es una tentación que conocemos bien: imaginando haber cancelado la anomalía, se vuelve a la normalidad como si la anomalía nunca - y no es que fuera una digresión momentánea - nos hubiera habitado.

En 1944, no fue un italiano sino un periodista norteamericano, Herbert Matthews, el que declaró en la revista *Mercurio* de Alba de Céspedes: "¡No lo habéis matado!" Todo lo contrario de muerto, el fascismo habría seguido viviendo dentro de los italianos. Desde luego, no con las formas de antaño sino en tantas formas de pensar, de actuar.

La infección, "nuestro *mal du siècle*", habría durado mucho: nos tocaba a cada uno "combatirla durante toda la vida", dentro de uno mismo. Lo mismo vale para la llamada caída de Berlusconi. Es un alivio saber que ya no será decisivo, ni en el Parlamento ni en el gobierno, pero el berlusconismo siempre está, y no será sencillo desacostumbrarse de una droga que cautivó no sólo a políticos y partidos sino a la sociedad. Sylos Labini lo dijo en octubre de 2004: "No hay un poder político corrupto y una sociedad civil sana". Si hubiese estado sana, la sociedad se habría resistido enseguida al ascenso del cabecilla, que resulto, en cambio,

irresistible: "Estamos todos inmersos en la corrupción", advertía Sylos. La servidumbre voluntaria ante dominadores extranjeros y predadores la llevamos en la sangre desde la Edad Media, aunque la redimiera el Risorgimento y la Resistencia. El mismo fin de la guerra, el 8 de septiembre del 43, fue desastrosamente ambiguo: "Todos a casa", dijo Badoglio, pero sin romper con Hitler, permitiéndole ocupar media Italia. Todas nuestras transiciones son fangosas duplicidades.

Digo la llamada caída porque el berlusconismo continúa tras la expulsión. Lo que quiere decir: continúa también la batalla del que aspira a reconstruir, no sólo a estabilizar, la democracia. El ventenio vendrá a ser finalmente juzgado por cómo nació, por cómo pudo echar raíces. Al igual que Mussolini, no cayó del cielo, no creó sino que agravó la crisis italiana. Irrumpió en 1994 para blindar la cultura de ilegalidad y corrupción de la Democracia Cristiana, de Craxi, de la [Logia] P2, y para debelar no ya la a Primera República sino la regeneración (una suerte de Risorgimento, aunque sea pasando por alto la dependencia del PCI del oro de Moscú) llevada a cabo en Milán por Manos Limpias y poco antes, en Palermo, por Falcone y Borsellino.

El berlusconismo queda en primer lugar como dispositivo del presente. Aunque expulsado, asignado a los servicios sociales [para el cumplimiento de su pena], el líder de Forza Italia dispondrá de dos armas malsanas y temibles: un aparato mediático que no ha cambiado, y los enormes (Sylos los definía como monstruosos) medios financieros. Tanto más monstruosos en tiempos de escasez. Ausente del Senado, hablará por medio de videos transmitidos por canales unificados. Y en campaña electoral tendrá un lado a la derecha de Alfano: nadie en esos cuarteles dispone de sus medios, de su maestría. Monti contaba con un 15-16% [de intención de voto] antes de las elecciones de febrero [de 2013], Alfano sólo con un 8-9 %. La escisión podría favorecer a Berlusconi, y hacerle vencer contra toda nueva y alegre máquina de guerra.

Pero todavía más fundamental es la herencia cultural y política del ventenio, sus maneras de pensar, de actuar, el *mal du siècle* que perdura. Sin un despiadado examen de conciencia no dejarán de intoxicar a Italia.

El conflicto de interés, en primer lugar, y el híbrido política-negocios: ambos persisten, como *modus vivendi* de la política. La expulsión no lo deslegitima completamente. La famosa ley del 57 declara inelegibles a los titulares de importantes concesiones públicas (la televisión, por ejemplo): marcada por la obsolescencia, cae en el olvido. Sylos Labini sostiene que fue la oposición la que inventó el truco para sortearla. No le desmintieron. No se ha lavado ni se ha llorado la deshonra.

Otro legado: la política no distinta sino separada de la moral, incluso contrapuesta. Es ya una costumbre mental, un credo epidémico. Ya Leopardi dice que los italianos son cínicos justamente por ser más astutos, más desencantados, menos románticos que los nórdicos. No han cambiado. Nos aferramos a Maquiavelo, que separó política y moral. Se le utiliza para decir que el fin justifica los medios. Pero es un abuso que autoriza nuestros peores vicios: los medios se convierten en fin (el poder por el poder) y lo tuercen. El falso maquiavelismo vive en la derecha, en la izquierda, en el Quirinal. La cuestión moral, poco pragmática, es objeto de desprecio. Berlinguer la planteó en el 77: en el PD la consideran una desviación suya que despista.

También el mito de la sociedad civil es un legado del ventenio: el pueblo es mejor que los líderes, sus dictámenes superan a los tribunales. Democráticamente soberano, encarna la volunta general, que no yerra. Salvatore Settis critica la ambigüedad de esta fórmula-clave: es una "etiqueta legitimadora, que designa portadores de intereses cuyo peso es proporcional a su poder económico, y no a la atención al bien común; típicamente, empresarios y banqueros que para defender intereses propios y de otros se dignan bajar a la política", estimando inhábiles a políticos y partidos. No solamente: la sociedad civil "a menudo se entiende no sólo como diferente del Estado sino como adversaria suya; casi como si el Estado (identificado con los gobiernos pro tempore) tuviera que ser por su naturaleza enemigo del bien común". (*Azione popolare*, Einaudi 2012, pp. 207, 212).

Así desfigurada, la fórmula ha hecho prosélitos: gracias al uso oligárquico de la sociedad civil (o de los técnicos), la política queda siempre más desacreditada, la cultura de la amoralidad o ilegalidad, más acreditada. El caso [Anna Maria] Cancellieri [actual ministra de Justicia acusada de favorecer por amistad a una detenida] es emblemático: la mala educación se convierte en atributo de una élite a la que se le antoja por instinto manipular la política como fuerza, contra

las reglas. Para crear artificiosos estados de excepción permanente, coincidencias perfectas entre necesidad, ausencia de alternativas, estabilidad.

Parecido destino le aguarda a la laicidad, a la que ya no se ha sofrenado sino aborrecido durante el ventenio. El pontificado de Francisco no ayuda, porque la Iglesia goza de un prejuicio favorable nunca tan difundido, incluso en temas ajenos a la prometida "conversión del Papado". Difícilmente se librarán batallas laicas en una Italia política que hace gala de la dependencia del Vaticano. La nueva derecha de Alfano está dominada por Comunión y Liberación. Desde los tiempos de Prodi, los demócratas [del PD] evitan desmarcarse respecto a la laicidad. Todos los líderes del momento (Letta, Alfano, Renzi) vienen de la DC o del Partido Popular. Dirigido como está por Napolitano, el PD no tiene forma de liberarse del ventenio (¿a santo de qué las primarias cuando ha sido el Quirinal [la presidencia de la República] el que ha marcado la línea en el caso Cancellieri?). Queda la vergüenza de haber sido anticapitalistas, antiamericanos, anticlericales (la última acusación es falsa desde hace 66 años: que fue Togliatti el que aceptó insertar en la Constitución los Pactos de Letrán de Mussolini).

Por último, Europa. Con el discurso a los jóvenes de Forza Italia, comenzó Berlusconi su campaña antieuropea, decidido a desahuciar al [Movimiento] Cinco Estrellas. La reconstrucción de su caída en 2011 [dejando paso a Monti] es un concentrado de sagacidad: acusadas, la Unión Europea, Alemania, Francia. Una vez más, con maestría demagógica, señaló con el dedo el principal defecto italiano: la Servil Italia desenmascarada por Dante.

No, no hemos anulado a Berlusconi. Porque la sociedad está tocada: "Estamos todos inmersos en la corrupción". De un ventenio amoral, inmoral, ilegal saldremos sólo si mirando al espejo nos vemos a nosotros mismos tras el monstruo. De lo contrario, tendremos que decir, parafraseando a Remarque: sin novedad en el frente italiano. La guerra civil y de emergencia narrada por Berlusconi ha bloqueado nuestro crecimiento civil, además del económico, y ha perpetuado la "putrefacción moral" desvelada por Piero Calamandrei. Se ha inmolado a una generación entera en falsas estabilidades. La expulsión de Berlusconi, se verá, es un primer acto. Sería vano si no caducara también el atroz juicio de Calamandrei.

Barbara Spinelli (1946), hija del famoso antifacista y europeísta Alterio Spinelli, es una importante periodista italiana. Fue una de las fundadoras del diario italiano *La Repubblica*, amén de colaboradora del *Corriere della Sera* y *La Stampa*. El pasado mes de marzo, tras las últimas elecciones, lanzó una campaña apoyada por la revista *MicroMega* para bloquear la elección de Berlusconi al Senado alegando conflicto de intereses. Con la exclusión definitiva del Cavaliere este 27 de noviembre, la campaña ha resultado finalmente fructífera.

La Repubblica, 27 de noviembre de 2013

La excepción ha terminado

Así pues, todo se ha consumado. Casi cuatro meses después de la condena definitiva por fraude fiscal, Silvio Berlusconi debe abandonar el Parlamento, pues el Senado lo declara inhabilitado, y no podrá ser candidato durante los próximos seis años. Todo esto en virtud del delito cometido, de la sentencia dictada por el Supremo y de una ley que aprobaron las Cámaras hace un año para amparar su honorabilidad institucional, como respuesta a la corrupción en ascenso y a los crecientes escándalos de la mala política. Hasta en Italia, por tanto, también para un líder político, nada menos que uno de los hombres más poderosos del ventenio, valen en última instancia las reglas democráticas del Estado de Derecho, y la ley confirma que es igual para todos. Se ha conseguido que llegara hasta el final el proceso, el imputado ha podido defenderse con todos los medios lícitos y con algunos impropios, hasta que se cumple todo y se ejecutan las sentencias, con todas las consecuencias de la ley. Se trata ciertamente de una jornada especial ésta en la que se decide la expulsión del Senado de un hombre de Estado que ha dirigido tres veces el país como presidente del Gobierno. Pero la excepción no consiste en la inhabilitación, que sigue la norma, una norma que se ha dado el país estando sobrio para regularse cuando esté borracho, es decir, cuando queda en evidencia el comportamiento inadecuado de sus representantes y se deja constancia de ello y se penaliza.

No, a pesar de la propaganda. La excepción estriba en que el líder de un partido grande que ha tenido el honor de desempeñar tres veces el cargo de presidente del Gobierno se ha

mancillado con un delito tan grave como para sufrir una severa condena, desencadenando con la sanción de su perfil criminal la norma de inhabilitación.

Esta verdad ha desaparecido de la discusión, del análisis, de los diarios. Más bien se ha quebrado científicamente el nexo entre el inicio (el delito) y el final del suceso, es decir, la inhabilitación. Con la desaparición del nexo, se ha perdido el significado y el sentido de todo el trayecto político e institucional del caso Berlusconi. Domina el campo solamente el último acto, privado por la propaganda de toda lógica, transformado en venganza, camuflado de violencia política. Y así el Cavaliere ha podido evitar afrontar política e institucionalmente su emergencia en la sede más solemne y adecuada, la sala del Palacio Madama [sede del Senado] que se disponía a inhabilitarlo, renunciando a hacer valer sus razones y a transformar en política sus acusaciones. Ha escogido, por el contrario, la plaza, donde los sentimientos cuentan más que los razonamientos y los resentimientos cortocircuitan la política, humillándola en un vergonzoso ataque a la magistratura de izquierda parangonada con increíble ignorancia a las Brigadas Rojas, mientras un cartel utilizaba la imagen trágica de [Aldo] Moro para transportar a Berlusconi a un martirio igual, imaginario y, sobre todo, abusivo.

“Luto por la democracia”, “Golpe de Estado”, “Ley pisoteada”, “Persecución sin paralelo”, “Pelotón de ejecución”. Saliendo del hemiciclo del Senado para arengar a la plaza con estas palabras, Berlusconi se ha despojado definitivamente en ese mismo momento del traje de hombre de Estado para ponerse el suéter de combate, su camuflaje particular en el escalón populista. Un marco extraordinario, banderas flamantes y carteles previamente distribuidos con lemas contra el “golpe”, una rebelión callejera contra el Parlamento y la inhabilitación, y por tanto, contras las instituciones y la ley. Pero en este marco se ha escenificado un discurso corriente, fatigoso al pronunciarlo y escucharlo, ya oído decenas de veces, virulento en las acusaciones pero resignado en el alma. Resumido, al final, en la aparición del líder ante la multitud en el momento en que se abre el abismo, el rey pastor que se encuentra con su pueblo, pero no sabe ir más allá de la tautología física, entregándole la política residual extenuada: “Aquí estamos, no nos retiramos, nos plantamos”. Como si mostrarse a los suyos fuese la única garantía hoy posible: para ellos, pero sobre todo para sí mismo, la supervivencia tomada por eternidad. Con una última y mínima vía de salida para el inmediato futuro: “Se puede ser líder también fuera del Parlamento, como Renzi y Grillo”. Con la diferencia – silenciada- de que ellos dos tendrán plena libertad de movimientos en los próximos nueve meses, y Berlusconi, no, amén de no poder ser candidato durante seis años. Sufrir por última la realidad que se sigue negando sólo es posible si se vive en un universo titánico, donde no cuentan las reglas y se puede violar cualquier límite. El universo personal del ventenio para el líder de la derecha italiana. El inconveniente para el país es que esta visión prolongada que toma libertad por abuso se ha convertido en programa político, proyecto institucional, mutación constitucional de hecho. Desde el día en que Berlusconi comenzó la emergencia judicial hasta el domingo [24 de noviembre] (cuando el Quirinal cerró la puerta a toda petición impropia), el intento de imponer a la política y a las cúpulas institucionales una particular condición de privilegio para el líder ha sido constante y opresivo. Este intento se apoya sobre una personalísima mitología sacral de él mismo, el ungido del Señor. Y sobre una concepción de la política culturalmente de derecha, que hace coincidir el depósito real de soberanía con el sujeto capaz de romper el ordenamiento creando la excepción y consiguiendo consenso respecto a esto.

La prueba de la democracia a la que hemos asistido ponía verdaderamente esto en juego: la excepción para un solo hombre, la excepción permanente. Primero, deformando las normas, alargando el proceso, reduciendo la prescripción, llamando “laudo” a los privilegios, transformando en norma los abusos. Impugnando no la acusación sino a los magistrados, inicialmente a los fiscales, a continuación a los jueces, por último, todas las categorías. Impugnando, por tanto, el proceso. Rechazando, naturalmente, la sentencia. Condenando, finalmente, la condena.

Y en este punto ha comenzado el mercadeo de los chantajes. Se ha comprendido para qué servía la participación de Berlusconi en el gobierno de acuerdos amplios: para utilizarla amenazando con una crisis si no se presentaba la gran dispensa, y allá que se las compongan los intereses del país. Amenazas continuas, bajo cuerda y abiertamente. Tentativas de enredar al Partido Democrático, confundiendo la exención berlusconiana con la vía libre a las reformas. Lisonjas y presiones sobre el Quirinal para que transformase sus poderes en arbitrio y las costumbres en licencia.

Una gracia no pedida como prescribe la norma, y por tanto puro privilegio. He aquí la confirmación de que el Cavaliere no buscaba sólo una escapatoria sino una excepción que confirmase su carácter especial, sancionando definitivamente su diferencia, ya certificada por el conflicto de intereses todos los días, desde el uso desproporcionado de dinero y fondos en negro (como dice la sentencia sobre Mediaset) en mercados delicados y sensibles, como el político y el judicial, a la legislación *ad personam*. Hemos asistido, así pues, a una real y verdadera embestida contra el sistema. Y el sistema no se ha dejado deformar, ha resistido, la política ha reencontrado una autonomía propia, las instituciones han aguantado, hasta los periódicos – naturalmente de últimas y cuando la enfermedad del liderazgo había sido ampliamente diagnosticada por los médicos- han comenzado a rechazar los costes de la gran dispensa, descubriendo una anomalía que dura en realidad veinte años y no tiene parangón en Occidente.

El chantaje al Gobierno le ha costado a Berlusconi la secesión de los ministros, valerosos para romper con un poder que usa medios de guerra en tiempos de paz, mucho menos valerosos a la hora de darse a sí mismos una identidad republicana reconocible. Esta sólo puede nacer en el reconocimiento y en la denuncia de la anomalía radical del ventenio, una denuncia que determina una separación política y no sólo física, una diferencia cultural y no sólo ministerial, una elección “republicana”, como dice Scalfari.

Por el momento, el Gobierno es más fuerte en la seguridad de los números (los disidentes [dirigidos por Alfano, ex delfín del Cavaliere] no pueden, ciertamente, romper con Letta después de haber roto con Berlusconi), en una mayor homogeneidad programática, sobre todo en la libertad respecto a los chantajes. Que el Gobierno use esa libertad, esta presunta homogeneidad y esos números para dar un tirón a la ley electoral, ofreciendo al Parlamento su mayoría como base de partida suficiente para una reforma rápida, que vaya por delante de cualquier otro programa, no a la cola. Porque con Berlusconi libre y desesperado, la tentación lepenista está al alcance de la mano para la derecha italiana, una oposición a todo, a Italia, al euro, a Europa, y no importa que el firmante del rigor [presupuestario] con Bruselas sea precisamente el Cavaliere, culpable, desde luego no de haber causado la crisis, pero sí seguramente de haberla agravado negándola.

El Gobierno es más fuerte, pero el marco político ha sufrido un terremoto. La capacidad de las instituciones en esta prueba de fuerza debe transformarse en un nuevo inicio para la política: para reformar el sistema después de haber derrotado al intento de deformarlo.

Ezio Mauro es director del diario italiano de centroizquierda *La Repubblica*, el más destacado en la lucha contra Berlusconi.

La Repubblica, 28 de noviembre de 2013

Estética de un ventenio: de Sua Emittenza al Caimán y Papi: ascensión y caída del ex-unguido del Señor

Al principio fue como el estruendo de un trueno, el fragor inesperado de un avión arriba en el cielo, con los motores a plena potencia, 130 decibelios para romperles los tímpanos a los pobres habitantes de Rovagnasco, Redecesio y Segrate [localidades de la periferia milanese].

Hace justo cuarenta años, y fue ésa la primera y numinosa manifestación de Silvio Berlusconi, «cierto Berlusconi de 34 años» lo calificó Giorgio Bocca, ese joven constructor que con sus métodos - ¡ya entonces! – había logrado el milagro de desviar para siempre la bonita cifra de 270 vuelos de y por Linate [uno de los aeropuertos milaneses], salvaguardando de ese modo la publicitadísima tranquilidad de los habitantes del utópico barrio satélite, Milano2, «la ciudad del Sol».

Un monumento, la verdad bastante discreto, recuerda hoy la realización de la Edilnord, sociedad creada por una misteriosa financiera suiza. Pero pensándolo bien, había mucho, más bien muchísimo de italiano en la brutal fantasía con la que, antes de lo esperado, se inauguraban una historia, una fuerza y una astucia natas y, en cualquier caso, afirmadas contra las reglas.

Para lo cual, Berlusconi logró establecer ese prodigio de estruendo, descarga de combustible y acrobacias aéreas a 500 metros del terreno, haciendo valer debidamente que en «su» área estaba en construcción el hospital San Gabriele, fundado a su vez por otro controvertido visionario, Don Verzè, destinado él, sin embargo, a acabar mal.

Algunos años después, describió Camilla Cederna entre «piel, caoba y palisandro» a ese fornido especulador inmobiliario «con una carita redonda de niño, sin una sola arruga y una naricilla de muñeca. Traje de sastre importante, ligero perfume al limón para hombre». Por su cuidado aspecto, la amabilidad de trato y la explosiva locuacidad, profetizó que le habría complacido «a un organizador de fiestas y congresos». Pero así y todo, Cederna informaba también de que para la fundación de Milano 2, además de escudarse en la megalomanía de don Verzè, la misteriosa Edilnord había aflojado a los partidos sus buenas cantidades, más apartamentos amueblados regalados a asesores y técnicos.

A quien crea que Berlusconi ha sido víctima de verdad de una persecución a causa de su descenso al campo [expresión usada por el Cavaliere para describir su entrada en política], le recomendamos vivamente la lectura de un libro de Michele De Lucia, *Al di sotto di ogni sospetto* [*Por debajo de toda sospecha*] (Kaos), desde mañana en librerías, que con escrupulo por momentos hasta pedante documenta como dicha «persecución» comenzó, si acaso, mucho antes. En casi 300 páginas se encuentra tal abundancia de sucesos, un riquísimo revoltijo de falta de escrúpulos, especulación y los consiguientes apuros judiciales, todos rigurosamente antes de su actividad política (1963-1993), como para hacer pensar que la inhabilitación decretada ayer en el Palacio Madama [sede del Senado] era en el fondo el más inexorable de todos los resultados posibles.

Véase, por ejemplo, la cruel desfachatez con la que se hizo con la sobresaliente «mansión regia» de Arcore; o la ingenua y a la vez astuta desvergüenza con la que metió en casa al futuro «héroe» Mangano, que con todo, le colocó una carga de trilita en el jardín. No tenemos idea, ni siquiera ya memoria, de qué tipejo era Berlusconi antes de convertirse en estadista y de ser luego condenado y finalmente inhabilitado. Véase el interés que ya a mediados de los años 70 suscita en Mino Pecorelli [periodista de investigación asesinado en obscuras circunstancias en 1979] y la facilidad con la que entra en relación y en la P2 de [Licio] Gelli. No sólo eso, sino que por hacer un favor a la Democracia Cristiana financia la escisión del MSI; para sortear la ley sobre las televisiones aprovecha la amistad de Craxi; para quedar más tranquilo, compra a los oficiales de la Guardia de Finanzas que realizan las inspecciones; y siempre por dinero, tanto dinero, aguza la fantasía, desafía el sentido común, inventa lo inverosímil, establece la televisión comercial, conquista lo imaginario, alimenta el consumo, pero mientras tanto, recluta testaferros, trafica con el sector paraestatal, hace negocios con gente poco recomendable, de Sicilia a Cerdeña, se apropia de Mondadori corrompiendo jueces a diestro y siniestro.

El libro de De Lucia tiene justamente en la portada un retrato que, más que ningún otro, sintetiza al hombre Berlusconi en su genial, fantástica y desventurada quintaesencia: el foto-retrato que Alberto Roveri le hizo en 1977, pelo largo, mirada intensa, expresión de indiferencia canalla, pierna encabalgada, gafas de sol en la mano y un revólver encima del escritorio.

Todo esto quince años antes de vender a los electores la revolución liberal, que ya está bien. Pero persiste la duda: ¿podía un personaje con tan gracioso pasado y esa arma de fuego - era, es verdad, la época de los secuestros - acabar, de todas maneras, de un modo distinto a cómo acabó ayer?

Es verdad que la historia también está repleta de corsarios, y el mundo del poder, todavía más. De suyo, Berlusconi traía como dote asimismo una estética específica, también muy italiana, sea en la variante chuleta y precozmente de «cinepanettone» [típica comedia cinematográfica vulgar estrenada habitualmente en época navideña], por la cual - como testimonia el cuñado - «Sua Emittenza» quiso hacerse nombrar conde por algún vendedor de quincalla heráldica y tuvo durante algún tiempo puesta en la pared esa especie de diploma.

Dolía ayer, en el debate sobre la inhabilitación, oír llamarle «senador», porque ese título ya perdido le quedaba, en realidad, estrecho. De hecho, se comprendía rápidamente que haya sido «el Doctor», y asimismo «el Presidente» (del Milan), «el Cavaliere», «el Ungido del Señor», «el Caimán», «el Psicoenano», «el Banana», «el Pompetta», o «Papi Silvio», en cada caso caso aspiraba a una soberanía de tipo monárquico, que realizó puntualmente una vez

llegado al Palacio Chigi [presidencia del Gobierno], «con coreografía medicea», como la denominó Dossetti. Un sistema articulado de aduladores, cocineros, guardias, músicos, bufones, siervos, parásitos, rufianes y cortesanos que esconder y al mismo tiempo mostrar en el escaparate, y en suma el reino berlusconiano como una especie de sueño, con mucho de naturaleza pesadillesca.

Los acontecimientos públicos tienen un movimiento pendular. En 1994 Berlusconi tomó Italia y enseguida la perdió; en 2001 la reconquistó y de nuevo se la arrebataron; tras el Estribo [Berlusconi proclamó la fundación del PdL en una plaza milanesa el 18 de noviembre de 2007 en una alocución a los periodistas subido a un coche], y habiendo barrido en las elecciones del 2008, *Libero* publicó un fotomontaje del famoso retrato napoleónico de Ingres, «Su Majestad el Cavaliere», siendo aclamado además en las calles: «¡santo ya mismo!», y desde luego, no por espíritu de modestia aceptó el título, le sonaba hasta oportuno, si no debido, bien que expresando alegres reservas sobre el momento. La inhabilitación hace hoy justicia a estos escrúpulos, pero el inconveniente es que este dramático proceso no sólo le concierne a él sino a todo el país y a un pedazo de la vida de todo italiano, ya se considere a favor o en contra.

Y ahora causa un efecto extraño, y hasta un poco triste, «acordarse del tiempo feliz», al menos para Silvione y para sus devotos, «en la miseria»: el elogio de la locura como recurso para los mítines, el CD de Apicella regalado a Bush, los cartelones «Continúa la luna de miel» como fondo de *Porta a porta* [programa televisivo de actualidad política de la RAI], las portadas del *Chi* [revista de cotilleo] sobre el «Abuelo Superman», los propósitos de mantenerse 120 años, el compromiso de «vencer al cáncer», los campos de golf en Lampedusa, la [Ley] Financiera aprobada en 12 minutos, Forza Italia disuelta en nueve, los mensajitos a las dos hermosas diputadas Nunzia y Gabry (una lo traicionará), el trasplante de pelo impuesto a Alfano (y luego dice que se ha rebelado), la noción de «era berlusconiana» acuñada por Quagliariello.

Y parece que volvamos a ver cómo con el casco a lo Mazinger coordina los servicios de socorro entre las ruinas de L'Aquila, o a verle con el pañuelo de partisano al cuello en el estrado de Onna el 25 de abril de 2009, hace un siglo, en el momento álgido del consenso, cuantificado por el 70,2 %, y dos días después, hételo aquí en la fiestecilla de Noemi [Letizia, una admiradora juvenil] en Casoria. Puesto que la historia no se hace con los [hipotéticos] «sí», si no hubiese exagerado, si no se hubiera vultu un bribón, si sus obsesiones no hubieran tomado la delantera, he aquí que quizás Berlusconi estaría todavía allí. Pero tal como sucede, su destino estaba marcado desde el inicio. Y en ese impensable estruendo de un trueno, en ese fragor en el hermoso cielo de Lombardía, estaba ya la desventura invisible, el fin de toda inútil gloria.

Filippo Ceccarelli es periodista parlamentario del diario italiano *La Repubblica*.

La Repubblica, 28 de noviembre de 2013

Esos insultos a Piano y Rubbia

«¡Vergüenza!». El grito de los senadores de Forza Italia contra Renzo Piano, Carlo Rubbia y Elena Cattaneo resume por sí solo el sentido de veinte años bajo el emblema del vuelco de todos los valores. Es la frase histórica de una jornada que no ha producida ninguna. Intentemos observar la escena con ojos extranjeros. Como la ven en el resto del mundo civil, no acostumbrados como los nuestros a décadas de programas televisivos de tertulia donde todo es igual a todo. Por una parte están un genio de la arquitectura, el "Brunelleschi del siglo XX" (*New York Times*), un premio Nobel de Física, digno heredero de la tradición de Enrico Fermi, y una investigadora apreciada en los círculos científicos internacionales. Por el otro, un puñado de cortesanos por milagro sin oficio, bien representados por Bondi [1] y Gasparri [2], felices de volver a ver a un patrón que era ya de la [Logia] P-2, que da trabajo a jefes mafiosos, ahora definitivamente condenado por fraude fiscal, y en primer grado por prostitución de menores, procesado por corrupción de jueces y políticos, considerado un «clown» por media prensa mundial. Y estos les dicen a aquellos «¡avergonzaos!». «Sublime» lo ha definido, con razón, Piano.

En la lógica subcultural del berlusconismo todo esto, se comprende, resulta impecable. Si

Berlusconi ganara de nuevo, tendríamos probablemente una calle de Palermo dedicada a Vittorio Mangano, héroe. [3]. Y si el “capo mandamento” [jefe de distrito de *Cosa Nostra*] de Porta Nuova y asesino de la mafia es un héroe, se sigue que un premio Nobel tenga que avergonzarse, y nosotros con él. El odio visceral de los *berluscones* por cualquiera que se obstine a honrar el nombre de Italia en el mundo es, por lo demás, tan antiguo como el berlusconismo. Antes de Rubbia y Piano, el blanco preferido de los dardos de los cortesanos del rey Silvio era Rita Levi Montalcini, también ella mancillada por un premio Nobel. «Una vieja chocha», «le mandaremos las muletas a casa» (Storace [4]), «es mucho mejor Scilipoti [5] que ésta de ahí» [Umberto] (Bossi). La gloria científica, en efecto, corre el riesgo de arruinar en el exterior la sólida fama de los italianos como putañeros, mafiosos, defraudadores fiscales y corruptos, que por fortuna otros personajes públicos siguen manteniendo bien alta y con indisimulado orgullo.

Es este desprecio por la excelencia el que anima el sempiterno rencor de los *berluscones*. Naturalmente, hace falta después encontrar un pretexto. En este caso han arremetido contra las excesivas ausencias de los senadores vitalicios, que sin embargo han estado de media presentes en las votaciones del Senado mucho más que su bienamado líder Berlusconi. El cual, por otra parte, no tiene siquiera la disculpa de estar ocupado en estudios cruciales para el futuro de la humanidad, como Rubbia, o de tener una docena de obras en construcción en tres o cuatro continentes, como Piano. Por más que, ciertamente, el *bunga bunga* consuma un montón de tiempo y de energías.

El vuelco de la realidad y de los valores es por lo demás tanto más eficaz cuanto más radical e insistente. Con la ayuda de los programas de charla televisiva somos, de hecho, la única nación en la historia de la democracia que está discutiendo desde hace meses si se trata de prohibir el acceso a cargos públicos de un delincuente. Se trata de la obra maestra final de la hegemonía cultural de todo un ventenio. La pérdida total de sentido de las palabras.

"Vergüenza", según el diccionario italiano, "es la turbación o el temor que se experimenta ante acciones inconvenientes, indecentes, indecorosas que son o pueden ser causa de deshonor y reproche". Pero es que el Zingarelli [célebre diccionario de la lengua italiana], igual que la Constitución, está viejo y hay que reescribirlo.

Notas:

[1] Sandro Bondi (1959), excomunista pasado a las filas berlusconianas, fue coordinador nacional de Forza Italia entre 1995 y 1998, y uno de los tres coordinadores del PdL entre 2009 y 2013, además de ministro de Bienes y Actividades Culturales entre 2008 y 2011.

[2] Maurizio Gasparri (1956), actual vicepresidente del Senado italiano desde marzo de 2013, comenzó su carrera política parlamentaria como diputado neofascista del Movimiento Social Italiano (1992-1994) y luego de Alianza Nacional (1994-2001). Con Berlusconi en el poder fue subsecretario del Ministerio del Interior (1994-1995) y ministro de Comunicaciones (2001-2005).

[3] Vittorio Mangano (1940-2000), asesino mafioso palermitano y uno de los jefes de Cosa Nostra en el Norte de Italia, al que Berlusconi dio refugio en su mansión de Arcore como caballerizo entre 1973 y 1976, por intermedio de su lugarteniente (del Cavaliere) Marcello Dell'Utri. En el año 2008, Dell'Utri definió a Mangano en una entrevista como una suerte de "héroe a su manera" por haberse negado a declarar contra Berlusconi y él mismo, pese a los beneficios penitenciarios que podría haberle reportado.

[4] Francesco Storace (1959), senador de La Destra, fue presidente de la región del Lazio (2000-2005) y ministro de Salud (2005-2006). Procede de AN y el MSI, en cuyas fue elegido diputado por primera vez en 1994.

[5] Domenico Scilipoti (1957), actual senador de Forza Italia, fue entre 2000 y 2010 diputado de la formación Italia de los Valores, de Antonio di Pietro, antes de pasarse a las huestes berlusconianas para evitar el éxito de una moción de censura en contra del gobierno del Cavaliere. Investigado por sus relaciones con la 'ndrangheta, la mafia calabresa.

Curzio Maltese (1959), periodista milanés del diario italiano *La Repubblica*, para el que trabaja como articulista, editorialista y también crítico de televisión, es asimismo autor de un par de libros sobre el fenómeno berlusconiano y sus consecuencias en la sociedad italiana: *Come ti sei ridotto (modesta proposta di sopravvivenza al declino della nazione)* (2006) y *La bolla - La pericolosa fine del sogno berlusconiano* (2009). Ha publicado además un sonado libro de investigación sobre los costes de la Iglesia Católica en Italia, *La questua. Quanto costa la Chiesa agli italiani*.

Cómo nació la Berlusconomics

A fines de los años 70 del siglo pasado, llegó al poder en los Estados Unidos un modesto actor de películas del Oeste que se convirtió en el instrumento con el que las grandes finanzas y las empresas multinacionales lograron en pocos años crear otro modelo económico: la Reaganomics. No suponía un modelo original sino llevar al extremo categorías que habían quedado relegadas en el debate académico. En los años 70, en realidad, se agrietaba y perdía prestigio la economía nekeynesiana debido a los efectos de la estanflación, un aumento significativo de la inflación acompañado de bajo crecimiento o estancamiento, junto a un alto nivel de desocupación.

Este fenómeno ponía en dificultades a los economistas: una tasa sostenida de inflación se había acompañado históricamente de crecimiento económico (excepto en el caso de hiperinflación), del mismo modo que el estancamiento económico mantenía una correlación histórica con la caída de los precios. En substancia, el mercado ya no respondía a las leyes de la oferta y la demanda, por las cuales en presencia de una alta tasa de desempleo y crecimiento cero debía asistirse a un descenso del nivel salarial, de tal modo que permita al sistema económico recuperarse y reabsorber a medio-largo plazo a una parte relevante de los parados.

Keynes había explicado bien en los años 30 que los salarios tienen una rigidez a la baja debido a lo que él definía la "ilusión monetaria", determinada entre otras cosas por la presencia de fuertes organizaciones sindicales. Y precisamente éstos en los años 70 habían determinado en todo Occidente oleadas de luchas sociales, dentro y fuera de las fábricas, que habían llevado a mejoras en el nivel de vida de los trabajadores.

El sistema se había mantenido hasta llegar a un alto nivel de sobreproducción a fines de los años 70. Y este es el momento en que entra en escena Ronald Reagan, adhiriéndose a la política económica de la escuela de Chicago de Milton Friedman, que reconocía en el exceso de gastos sociales, de una fiscalidad punitiva para las rentas altas, de un mercado de trabajo "rígido", las causas de la crisis. La terapia consistía, por lo tanto, en reducir drásticamente las partes alícuotas de beneficios y rentas, liberalizar los movimientos de capitales, en un cuadro de descentramiento productivo que llevó en una década a una deslocalización de la industria manufacturera estadounidense fuera del país, debilitando al movimiento sindical, así como el poder contractual de los trabajadores.

Si observamos la distribución de rentas en los EE. UU en el periodo 1950/1978, dividida en quintos, observamos que el quinto más pobre de la población había aumentado su renta real en un 140%, y el quinto más rico, en un 99%. Por el contrario, en el periodo 1978-1993, con la llegada de la Reaganomics, el quinto más pobre pierde el 19% , mientras que el quinto más rico gana un 18% en términos reales. El cambio de ruta ha sido claro. Para Italia, esta inversión de la tendencia llega a principios de los años 90, con la crisis del 92, la devaluación del 30% de la lira y el debilitamiento del movimiento de los trabajadores.

Y en este contexto hay que encuadrar la llegada de Berlusconi al poder. Era un *parvenu*, que había hecho una gran fortuna en pocos años gracias a sus vínculos con el poder político (Craxi) y a las negociaciones con organizaciones criminales (mafia siciliana). Era un nuevo tipo de burgués, que se asemejaba mucho a esa "clase ociosa" analizada por Veblen, ignorante y voraz, ambiciosa y arribista sin escrúpulos de los Estados Unidos a finales del siglo XIX. Y también un nuevo tipo de empresario que había hecho su fortuna, no en la tradicional industria manufacturera, sino con los nuevos medios de comunicación (la televisión privada), donde se entrelazan economía, espectáculo e ideología. La vieja burguesía italiana, las grandes familias de los Agnelli, Pirelli, Costa, etc., el salón "bien" de [Enrico] Cuccia [uno de los más importantes banqueros del siglo XX italiano], en un principio lo infravaloraron, lo desdeñaron, pero tuvieron en pocos años que llegar a pactos con él nuevo patrón.

Berlusconi hacía avanzar con su fuerza comunicativa y con los potentes medios de los que disponía un nuevo credo: el dinero crea honor y estima social, independientemente de cómo se ha llegado a tenerlo. Ya no hay que avergonzarse de ser ricos, más bien hay que hacer gala de riqueza, y la riqueza individual está al alcance de todos aquellos que son capaces de estar entre los "ganadores", y beneficia a todo el país porque genera nuevos consumos y puestos de

trabajo. En esta visión de la realidad social, el Estado se convierte en un parásito que reducir drásticamente, pero al mismo tiempo es fuente de beneficios extra, que sólo puede ofrecer la mano pública. Esta nueva ideología ofrecía una legitimación a ese sentimiento antiestatal tan difundido en nuestro país, conjuntamente con la necesidad de encontrar a ese salvador de la patria, el hombre providencial con el que los italianos siguen soñando cíclicamente. De aquí la carrera hacia un incremento de la deuda pública, único instrumento que permitía contemporáneamente una gran evasión de los estratos medios-altos y un poco de asistencia para mantener el consenso, además de la financiación de las Grandes Obras para garantizar el círculo mágico de los Grandes Negocios.

El Cavaliere no ha bajado los impuestos, como hizo Reagan con las clases medias-altas, no ha desmantelado bruscamente el Estado social, como hicieron la pareja Thatcher-Reagan, pero ha logrado reducir progresivamente el Estado social y los derechos, en el interior de un cuadro de ilegalidad difusa y capilar. Aquí está la profunda diferencia con la Reaganomics de la versión berlusconiana del neoliberalismo que se desposa con la vía criminal al capitalismo. En los Estados Unidos y en Inglaterra, la ideología neoliberal ha hecho su recorrido mediante las leyes y la imposición/represión de un Estado fuerte; la vía italiana al neoliberalismo se ha transitado dulcemente mediante reglas no escritas, con un desmantelamiento progresivo del Estado de Derecho, una autopista que se ha ofrecido a la burguesía criminal emergente.

La Berlusconomics se ha convertido así en un modelo económico en el que el dinero se legitima por sí mismo, la corrupción es la norma para hacer negocios, la evasión fiscal un deber para substraerse al robo de recursos por parte de un Estado rapiñador y despilfarrador. Y si después de veinte años, decenas de escándalos y fraudes, los sondeos lo dan todavía como uno de los líderes más fuertes, es porque una parte de los italianos, que me atrevería a estimar en más de un tercio, comparte, practica y ha interiorizado ese modelo. Quien conoce desde dentro el mundo de las empresas sabe que son rarísimos los concursos de contrataciones que se ganan por méritos, sin pagar una "tangente" o haber negociado un intercambio de favores. Quien conoce el mundo de la pequeña empresa sabe lo difundido que está el trabajo en negro porque en este país gran parte de los inspectores de trabajo son corruptos o indulgentes. Quien conoce el mundo de los profesionales – abogados, asesores fiscales, consultores financieros – sabe cómo su renta depende en buena medida de su capacidad de esquivar las normas, de evadir tasas, de exportar sus capitales a paraísos fiscales.

También está el reverso de la medalla. Para el que quiere vivir en la legalidad, la carga fiscal, sobre todo para sobre la pequeña y mediana empresa, se ha vuelto insoportable. Si se respetaran todas las normas en las microempresas, artesanales o comerciales, la mayoría podría tener que cerrar las puertas. El que sufre algún agravio y pone sus esperanzas en la justicia civil se arriesga a fracasar antes de que se cierre un proceso. Y el que comete un delito penal, si no es amigo de [Anna Maria] Cancellieri [actual ministra de Justicia, recientemente acusada de favorecer por amistad a una detenida], se arriesga a quedar durante años en espera de juicio.

Esta ruina institucionalizada no ha conseguido otra cosa que hacer crecer la masa de aquellos que se han identificado, por rabia o por necesidad, con la Berlusconomics. El sistema se ha autoalimentado hasta que estalló la crisis financiera que se ha reflejado en la economía real, y el modelo ha quedado bloqueado. Pero la Berlusconomics ya ha echado raíces profundas en nuestro país y será difícil erradicarla a medio plazo.

El riesgo se cifra en que quien venga después de él haga lo que han hecho Clinton o Blair: mantener substancialmente el modelo, recortando sólo las partes más indigestas. Nuestro Clinton [Renzi] es joven y macizo como Bill cuando llegó al poder, y como él buen comunicador a 360 grados, para complacer a todos. Clinton no logró llevar a cabo la reforma sanitaria ni una fiscalidad progresiva - como había prometido en campaña electoral- pero nos obsequió en 1994 con la liberación de las finanzas, eliminando las ataduras impuestas por Roosevelt para impedir que se repitiese el "crac" del 29. De menos de 100.000 millones de dólares de derivados financieros de 1994 se ha pasado a los 600 billones de dólares de 2007, y a los 650 de hoy. Veamos de qué será capaz nuestro Fonzie [1] y los amigos financieros que le apoyan.

Nota del t.:

[1] Fonzie, siempre vestido con su cazadora de cuero negra, seductor y jactancioso, era el protagonista juvenil de *Happy Days*, una serie televisiva norteamericana de los años 70-80 muy popular en Italia. Renzi, el candidato de

mayor futuro del PD para las inminentes primarias, se ha retratado recientemente en atuendo y poses muy semejantes en un reportaje para *Chi*, la publicación de frivolidades de mayor tirada del país.

Tonino Perna (1947), economista y sociólogo, es profesor de Sociología Económica en la universidad siciliana de Mesina y autor de *Fair trade. La sfida etica al mercato mondiale*, Bollati Boringheri, 1998.

Il Manifesto, 29 de noviembre de 2013

Selección y traducción para www.sinpermiso.info: Lucas Antón

sinpermiso electrónico se ofrece semanalmente de forma gratuita. Estamos realizando una campaña de microfinanciación que finalizará el 22 de diciembre para poder renovar la web. Si le ha interesado este artículo, considere la posibilidad de contribuir al desarrollo de este proyecto político-cultural realizando una donación a: <http://www.verkami.com/projects/7097-sinpermiso-br-una-nueva-web-br-para-seguir-luchando>

Varios